

PQ 5007

843
9

M7
S6
V5



FONDO
RICARDO COVARRUBIAS

BIBLIOTECA UNIVERSITARIA
"ALFONSO REYES"
FONDO RICARDO COVARRUBIAS

LOS
MOHICANOS DE PARÍS.

CAPÍTULO VI.

LA CITA.

Avanzó Salvador lentamente, y á medida que avanzaba, levantábase Petrus como á su pesar.

— ¿ Qué hay? preguntó Petrus, ¿ se ha concluido?

— Sí, respondió Salvador.

Petrus se tambaleó.

Salvador avanzó rápidamente como para sostenerle.

Petrus conoció la intención y se esforzó por sonreír.

— Es inútil, dijo, yo sabía que eso debía suceder.

Y pasó otra vez su pañuelo de batista sobre su frente húmeda.

— Tengo que deciros una cosa, continuó Salvador en voz baja.

— ¿ Á mi? preguntó Petrus.

— Á vos solo.

— Venid entonces á mi habitación.

— ¿Te estorbamos, Petrus? preguntó Juan Robert.

— Vamos pues. Tengo que hablar con Mr. Salvador; paso á mi habitación; permaneced aquí vosotros. Justino tiene que hacer su música.

Y entró el primero en su habitación, haciendo seña á Salvador de que le siguiese, dejándole el cuidado de cerrar la puerta.

Una vez allí, como si se hubiesen acabado sus fuerzas, dejóse Petrus caer sobre un sillón, exclamando:

— ¡ Oh ! ¡ ella, ella, aquel ángel, la mujer de ese miserable ! ¡ no hay pues Providencia en este mundo !

Salvador miró un instante al joven, que con la cabeza entre las manos, conteniendo apenas sus sollozos, temblaba convulsivamente.

Estaba en pie delante de él, y su mirada expresaba una compasión profunda.

Este hombre debía conocer la medida de todos los sufrimientos, por haberlos experimentado.

Entonces sacó lentamente de su bolsillo una carta, finamente cerrada en un sobre de papel satinado, y presentándola á Petrus con cierta vacilación, le dijo:

— Tomad.

Apartó Petrus sus manos de su rostro, meneó la cabeza, y volvió á fijar sobre Salvador sus ojos, extraviados por un instante.

— ¿ Qué es eso ? preguntó.

— Ya lo veis, una carta.

— Una carta, ¿ de quién ?

— Lo ignoro.

— Pero en fin, ¿ dónde os la han dado ?

— Enfrente del palacio de Lamothe-Houdon.

— ¿ Quién os la ha entregado ?

— Una doncella que buscaba un mandadero, y me ha encontrado allí.

— ¿ Y esa carta, es para mí ?

— Vedlo : « Á Mr. Petrus Herbel, calle de Oeste. »

— Dádmela.

Cogió Petrus vivamente la carta de manos de Salvador, lanzó una mirada al sobre, y poniéndose pálido como un difunto :

— ¡ Su letra ! exclamó : ¿ una carta de ella para mí, hoy ?

— Lo sospechaba, dijo Salvador.

— ¡ Oh ! ¡ Dios mío ! ¿ qué puede escribirme ?

Salvador indicó la carta con un gesto que quería decir :

— Leed.

Abrió Petrus la carta temblando : no contenía más que dos líneas, que intentó leerlas repetidas veces ; pero una nube de sangre velaba sus ojos.

En fin, haciendo un violento esfuerzo, acercándose á la ventana para concentrar sobre el papel los últimos rayos del día que comenzaban á extinguirse, consiguió leer aquellas dos líneas.

Sin duda contenían alguna cosa muy extraña, porque por dos veces diferentes dijo :

— No, no, imposible, eso no puede ser, es una alucinación.

En fin, cogiendo á Salvador por el brazo, le dijo :

— Escuchad ; voy á daros al instante esta carta para que la leáis, y me digáis si estoy loco ó en mi cabal juicio ; pero entretanto, decidme la verdad, ¿ no ha habido algún incidente imprevisto que vos mismó no conozcáis, que haya impedido llevar á cabo el matrimonio ?

— No, dijo Salvador.

— ¿ Se han casado ?

— Sí.

— ¿ Los habéis visto ?

— Los he visto.

— ¿ En el altar ?

— En el altar.

— ¿ Habéis oído al sacerdote bendecirles ?

— He oído al sacerdote bendecirles. ¿ No me habíais dicho que fuese allí, y que no perdiese ningún detalle de la ceremonia, que les siguiese hasta el palacio de Lamothe-Houdon, y que no volviese hasta la noche á daros cuenta de todo ?

— Es verdad, amigo mío, y con vuestra admirable bondad habéis consentido.

— Si un día os cuento mi historia, dijo Salvador con una dulce y triste sonrisa, comprenderéis que todo hombre que sufre, puede disponer de mí como de un hermano.

— Gracias : entonces, ¿ la habéis visto ?

— Sí.

— Siempre muy hermosa, ¿ no es verdad ?

— Pero muy pálida, más pálida aun quizá que vos.

— ¡ Pobre Regina !

— Cuando bajó del carruaje á la puerta de la iglesia, se doblaron sus rodillas, yo creí que iba á caer, su padre lo creyó también, porque se adelantó para sostenerla.

— ¿ Y Mr. Rappt ?

— Avanzó por su lado ; pero ella se alejó de él echándose, por decirlo así, en brazos del mariscal. M. Rappt ha dado el brazo á la princesa.

— Entonces, ¿ habéis visto á su madre ?

— Sí, una criatura extraña, bella todavía, y que ha debido ser magnífica ; una palidez singular, como si por sus

venas corriese leche en vez de sangre, plegándose bajo sí misma, inhábil para andar, como las mujeres chinas cuyos pies se han roto, inquieta y guiñando los ojos á la vista del sol, como una ave nocturna.

— Pero, ella, Regina.

— ¡ Pues bien ! aquella muestra de debilidad es la única que le he visto dar. En virtud de un esfuerzo supremo de su voluntad, se ha tornado en el instante mismo aquella joven dueña de sí misma, que vos conocéis : avanzó con paso bastante firme hasta el coro, donde esperaban á los dos futuros esposos dos sillones y dos cojines de terciopelo encarnado, con las ramas de Lamothe-Houdon. Todo el arrabal de San Germán estaba allí. Y en medio de todo aquello, sus tres amigas de San Dionisio orando por ella, que tanta necesidad tenía de oraciones.

Cogió Petrus sus cabellos con ambas manos.

— ¡ Oh ! ¡ pobre criatura ! dijo, ¡ será desgraciada !

En seguida, haciendo un esfuerzo :

— ¿ Y después ? preguntó.

— Después, comenzó la misa, era una misa solemne. El sacerdote pronunció un largo discurso, durante el cual miró en torno suyo Regina dos ó tres veces ; hubiérase dicho que tenía á la vez temor y esperanza de que estuvieseis allí.

— ¿ Qué hubiera ido á hacer ? preguntó Petrus con un suspiro. Un instante, como los hombres que han fumado opio ó comido hatchis, he tenido un sueño, un sueño delicioso, he despertado, y ya veis la realidad, amigo mío.

Levantóse Petrus, dió algunas vueltas por la habitación, y volviendo á detenerse enfrente de Salvador, dijo :

— Pero ¿ esa carta ? por favor, mi querido Salvador, volvamos á esa carta.

— Durante el discurso del sacerdote, he vuelto al bou-

levard de los Inválidos, y esperé el regreso de los esposos, que volvieron á las dos. Aun allí, al bajar del carruaje, miró Regina en derredor. Estoy seguro de que erais vos á quien buscaba con la vista. Sus ojos me han encontrado. ¿ Me han reconocido? Es probable: me ha parecido que me hacía una seña. Tal vez me he equivocado...

— ¿ Creéis que era á mí á quien ella esperaba ver?

— Erais vos. Entonces esperé... esperé una hora, dos. Sonaron las cuatro en los Inválidos. Entonces se abrió la pequeña puerta colocada al lado de la reja, y salió una doncella mirando en derredor. Yo estaba oculto detrás de un árbol; adiviné que era á mí á quien buscaba, y me presenté. No me equivocaba, sacó una carta de su bolsillo y dijo vivamente:

— Esta carta, adonde dice el sobre.

Y se volvió adentro.

He leído vuestro nombre, y aquí me tenéis.

— Pues bien, dijo Petrus, ¿ ahora querréis ver lo que contiene esa carta?

— Si me juzgáis digno de compartir vuestro secreto, y si me creéis capaz de hacer os un servicio, sí...

— ¡ Pues bien! dijo Petrus presentando la carta á Salvador, leed, amigo mío, y decidme si he visto mal ó si estoy loco,

Acercóse Salvador á su vez á la ventana, porque la luz disminuía cada vez más, y leyó á media voz:

« Paseaos esta noche de diez á once por delante del palacio; alguien irá á buscaros y os introducirá en mi casa.

» Yo os aguardaré.

» REGINA. »

— Dice en realidad eso, repitió Petrus que había escu-

chado con más atención que el condenado que escucha la lectura de su perdón.

— Dice, palabra por palabra, lo que acabo de leeros, Petrus.

— Ahora bien, ¿ qué pensáis de esa cita?

— Pienso que ha pasado algo terrible en esa casa; que Regina necesita un defensor, y que teniéndooos por un buen corazón y por un hombre honrado, ha puesto los ojos en vos.

— Está bien, dijo Petrus, esta noche á las diez estaré delante del palacio.

— ¿ Tenéis necesidad de mí?

— Gracias, Salvador.

— ¡ Pues bien! hacedme una promesa.

— ¿Cuál?

— No tomar arma ninguna.

Petrus reflexionó un instante.

— Tenéis razón, dijo, iré completamente desarmado.

— Bien, calma, prudencia, sangre fría.

— Las tendré; pero hacedme un favor.

— ¿Cuál?

— Llevaos á Juan Robert y Justino, poned en un carruaje á Babolín y á Rosita de Noel, necesito estar solo.

— Estad tranquilo, me encargo de todo.

— ¿ Os volveré á ver mañana por la mañana?

— ¡ Lo deseáis?

— Sí, ardientemente; en la inteligencia, sin embargo, de que no os he de decir del secreto más que la parte de que pueda disponer.

— Amigo mío, un secreto está siempre mejor en un solo corazón que en dos; guardad, pues, el vuestro si podéis; un proverbio árabe dice:

« La palabra es de plata ; pero el silencio es de oro. »

Y apretando la mano de Petrus, volvió á entrar Salvador en el estudio, justamente en el momento en que Rolando, que se fastidiaba probablemente con la ausencia de su amo, sintiéndole acercarse, lanzaba una especie de tierno gemido y arañaba á la puerta del estudio, con la misma delicadeza que un cortesano del siglo xvii hubiera arañado á la puerta de Luis XIV.

CAPÍTULO VII.

DONDE JUAN ROBERT ECHA SU LENGUA Á PERROS.

En el momento en que Salvador volvía á entrar en el estudio, acababa Justino de encontrar la última nota del canto de Mignón : se habían encendido los candelabros del órgano, y el compositor, pronto á cantar, apoyaba sus dedos sobre las teclas y su pie sobre el registro.

Pero á los primeros acordes que el músico sacó del instrumento, á las primeras notas que dejó oír su voz, Rolando, sea que amase ó que detestase la música, comenzó un acompañamiento de gritos plañideros y de arañazos encarnizados, que hacían imposible oír un solo compás.

— Pero ¿ no es Rolando el que está á la puerta ? dijo Juan Robert.

— Sí tal, dijo Salvador.

— Hacedle entrar.

— ¡ Ah ! sí, hacedle entrar, quiero verle, dijo Rosa de Noel.

— Babolin, ve y abre la puerta á Rolando.

— Babolin, encantado de que se le presentase ocasión de hacer conocimiento con el perro de Salvador, corrió á la puerta y la abrió diciendo:

— Ven, Rolando.

Rolando no necesitaba aquella invitación, y en dos brincos estuvo al lado de Salvador. Pero de repente, en vez de acariciar á su amo, como parecía disponerse á hacerlo, se detuvo y volvió sus miradas hacia Rosa de Noel.

— ¿ Qué es eso, Rolando ? preguntó Salvador, ¿ qué hay ? y tú, ¿ qué tienes, Rosa de Noel ?

Esta pregunta se hacía, como se ve, á medias, al perro y á la niña.

En efecto, la mirada del perro se había vuelto extraordinaria, llameante, mágica en cierto modo, y aquella sobre la que se detenía la mirada de Rolando, fijaba á su vez sobre el perro dos ojos atónitos, extraños, extraviados, por decirlo así, y cuyo rayo se cruzaba con el que brotaba de los ojos del animal.

Dos enemigos próximos á lanzarse uno sobre otro no se miran con ojos más fijos y más inflamaños, y sin embargo, no era cólera, sino asombro, lo que brillaba en los ojos del perro ; no era odio, sino una especie de temor alegre lo que brillaba en los ojos de la niña.

Los ojos de la niña parecía que decían :

— ¡ Oh ! mi buen perro, ¿ eres tú en realidad ?

Los ojos del perro decían :

— ¿ Eres tú realmente, niña ?

En seguida, de repente, como si hubiera sido bastante el reconocimiento, y como si Rolando no dudase ya en el momento en que Rosa de Noel alargaba los brazos hacia él, saltó hacia Rosa de Noel.

Encontráronse el perro y la niña, y rodaron por el suelo; la niña con los brazos en derredor del cuello del perro.

Aun cuando Salvador conociese bien el dulce carácter de Rolando, creyó que le había atacado una de esas locuras que á veces tienen los perros, y lanzó un grito al mismo tiempo que golpeando con el pie, decía con voz imperativa:

— ¡Aquí, Rolando!

Nuestros lectores saben si Rolando comprendía y amaba á su amo; saben asimismo si obedecía ciegamente al que era, no sólo su amo, sino su salvador.

Pues bien, Rolando nada oyó, nada comprendió; abrió su enorme boca como para devorar á la niña.

Salvador y Juan Robert creyeron que el perro estaba rabioso, y cada cual saltó sobre un arma y se precipitó hacia el perro.

Pero Rosa de Noel adivinó su intención.

— ¡Oh! exclamó, no hagáis daño á *Brasil*. Nadie podía comprender aquel grito; pero todos podían ver que la niña no corría ningún peligro.

Por otra parte, el perro acababa de acostarse junto á ella, y se arrastraba sobre sus pies con gritos de alegría, que hicieron salir á Petrus de su habitación.

— ¿Qué hay? preguntó.

— Algo extraño, dijo Salvador, pero sin ningún peligro.

— ¿Pero veis vuestro perro, Salvador?

— Sí, lo veo.

Hizo seña á Petrus de que callase, y á Juan Robert y Justino de que se alejasen.

Babolín, por su parte, tocó retirada.

La niña y el perro quedaron solos en medio del estudio. Tratábase de cuál de los dos lanzaría más alegres gritos.

— ¡Oh! mi hermoso, mi bueno, mi querido Brasil, decía la niña, eres tú, estás aquí, me has reconocido... ¡yo también te reconocía!

Y el perro, por su parte, respondía con gritos, con aullidos y saltos, que indicaban que su alegría no era menor que la de la niña.

Había algo de tierno y terrible á la vez en aquella escena.

De repente Salvador, que había llamado inútilmente al perro con el nombre de Rolando, se le ocurrió llamarle Brasil, como había hecho la niña.

Brasil se volvió.

— ¡Brasil! repitió Salvador.

Brasil de un salto estuvo junto á su amo, y enderezándose sobre las patas traseras, apoyó las delanteras sobre los hombros de Salvador, y meneó la cabeza con una expresión de felicidad, que nunca se hubiera creído en la fisonomía de un perro.

En seguida, cogiendo á Salvador con sus hermosos dientes por su chupa de terciopelo, lo llevó al lado de Rosa de Noel.

— ¡Brasil! ¡Brasil! repetía la niña palmoteando.

— Pero tú te equivocas, Rosa de Noel, dijo Salvador con intención. *Mi* perro no se llama *Brasil*, sino *Rolando*.

— Es decir, que no se llama *Rolando*, sino *Brasil*. Vedlo si no. Ven aquí, Brasil.

Y de nuevo el perro dejó á su amo, y saltó hacia la niña.

No había lugar á dudar. Rosa de Noel y Brasil se habían visto; Rosa de Noel y Brasil se habían conocido.

Pero ¿cuándo?

Sin duda en aquella época, de la que nunca se acordaba sin espanto Rosa de Noel, y cuyos acontecimientos habían producido sobre ella tan profunda impresión, que aun á Salvador, su mejor amigo, jamás había querido referirselos.

La curiosidad de todos los que asistían á aquella escena, y aun la de Petrus, por preocupado que estuviese con su propia situación, se había excitado vivamente.

Juan Robert quería dirigir algunas preguntas á Rosa de Noel, pero Salvador le cogió la mano y le hizo seña de que callase. Recordaba la exclamación que se había escapado á Rosa de Noel en su delirio:

« ¡ Oh ! no me matéis, Mad. Gerard. »

Recordaba que la Brocante le había dicho que había encontrado á Rosa de Noel una noche huyendo á través de los campos á la altura de la aldea de Juvisy. Estaba vestida con un traje blanco, cubierto de sangre que corría de una herida hecha en el cuello con un instrumento cortante.

Recordó, por fin, calculando las épocas, que el mismo día, ó al siguiente, cazando en la llanura de Viry, había encontrado, á orillas de un foso, un perro atravesado por una bala, que había curado aquel perro, y no sabiendo qué nombre darle después de curado, le había bautizado con el nombre de Rolando.

Y en verdad, podía ser muy bien que Rolando se llamase Brasil con su verdadero nombre, y que Brasil conociese á Rosa de Noel. Faltaba saber si había alguna relación entre Brasil y aquella Mad. Gerard, que si se habían de creer los gritos de la niña, había querido matar á Rosa de Noel.

Todas estas reflexiones pasaron por la imaginación de Salvador, rápidas como el pensamiento.

— Pues bien, sea, le dijo á Rosa de Noel, Rolando no se llama Rolando, se llama Brasil.

— Ciertamente, se llama Brasil.

— Lo creo. Pero puedes sólo decirme, ¿ dónde has conocido á Brasil ?

— ¿ Dónde he conocido á Brasil ? preguntó Rosa de Noel palideciendo.

— Sí, ¿ puedes decírmelo ?

— No, no, dijo la niña palideciendo cada vez más, no, no puedo.

— Pues bien, dijo Salvador, lo sé yo.

— Lo sábéis, dijo Rosa de Noel abriendo los ojos el doble de su magnitud ordinaria.

— Sí, en casa de...

— No lo digáis, mi buen amigo Salvador, no lo digáis, exclamó la niña.

— En casa de Mad. Gerard.

Rosa de Noel lanzó un grito, vaciló, y se dejó caer casi desvanecida en brazos de Salvador.

Brasil lanzó un aullido lúgubre...

Tan lúgubre, que los que estaban allí sintieron un estremecimiento pasar por sus venas.

En cuanto á Rosa de Noel, su frente estaba cubierta de sudor, sus labios se habían tornado morados.

El mismo Salvador se asustó del efecto que había producido.

— Vamos, dijo, es preciso meter á esa niña en un carruaje con Babolín, y volverla á llevar á su casa. ¿ Quién se encarga de ello ?

— Yo, dijeron á la vez Juan Robert y Justino; pero ¿ por qué no vos ?

— Yo tengo otra cosa que hacer.

— ¿Puedo ir con vos? preguntó Juan Robert á Salvador.

— ¿Adónde?

— Adonde vos vayáis.

— No.

— Creo, sin embargo, que hay algo como una novela en lo que acaba de pasar aquí.

— Algo mejor que una novela, mi querido poeta. Hay una historia, y hasta una historia que parece terrible.

— ¿Sabremos esa historia?

— Es probable, puesto que desempeñáis en ella un papel.

— Mi querido Salvador, dijo Justino, no olvidéis que el corazón de uno de vuestros amigos sufre, y si en medio de todo eso adquirís alguna noticia de mi pobre y querida Mina...

— Estad tranquilo, Justino, vos y Mina estáis en el rincón de mi pensamiento, donde pongo á mis más queridos amigos.

Y dando la mano á Petrus al mismo tiempo que cambiaba con él una señal de inteligencia, cogió á Rosa de Noel en sus brazos, porque aunque medio había vuelto en sí, estaba la niña incapaz de andar; bajó con ella los tres pisos, la puso en un fiacre que fué á buscar Juan Robert, y bajo la custodia de Babolín y los dos jóvenes, la envió á su casa.

— ¿Comprendéis algo de lo que acaba de pasar, Justino? preguntó Juan Robert.

— No, ¿y vos?

— Absolutamente nada. Así que, como se dice en los juegos inocentes: doy mi lengua al perro, buen negocio para Brasil.

Brasil había querido, en primer lugar, subir al carruaje con Rosa de Noel, en seguida había querido seguirla. Pero siempre le había retenido Salvador, y, cosa singular, más bien con el razonamiento, como si hubiera retenido á un hombre, que con una orden, un mandato, un juramento, como se retiene á un perro.

En seguida, desaparecido que fué el carruaje que llevaba á Rosa de Noel, había vuelto á bajar la calle del Observatorio murmurando:

— Vamos, ven, Brasil, ven conmigo. Es preciso que me ayudes á encontrar el asesino de esta niña.

Y Brasil, como si hubiera comprendido, no había intentado ya seguir el carruaje de su amiguita, contentándose con volver dos ó tres veces la cabeza hacia el lado por el que había desaparecido y dirigirle cada vez un aullido más tierno que doloroso.

CAPÍTULO VIII.

EL HOMBRE QUE CONOCE SU PERRO Y EL HOMBRE QUE CONOCE SU CABALLO.

Al cabo de diez minutos estaba Salvador en la calle de Macón, y abrió la puerta de aquel pequeño comedor, cuyos frescos pompeyanos tanto habían maravillado á Juan Robert la primera vez que los había visto.

Fuese por el ruido que hizo al entrar, ó por su manera de abrir la puerta del comedor, Fresolina reconoció sin duda á su muy amado Salvador, porque, al mismo tiempo que la puerta del comedor, se abrieron las dos hojas de la

del dormitorio, y los dos hermosos jóvenes se hallaron uno en brazos del otro.

Eran las seis; la comida esperaba.

— Vamos á comer pronto, dijo Salvador, tengo que hacer un viajecito.

Fresolina dejó caer á lo largo del cuerpo del joven los dos brazos con que había rodeado su cuello.

— ¿Un viaje? dijo la joven con tristeza, pero con resignación.

— ¡Oh! estáte tranquila, querida mía, no será largo. Mañana al amanecer estaré aquí.

— Ahora falta saber si es peligroso, preguntó Fresolina.

— Creo poder responderte que no.

— ¿De seguro?

— De seguro.

— Pues bien, entonces ¿me das permiso?

— ¡Sin duda!

— Carmelita ha regresado hoy justamente á París. Le hemos alquilado con Lydia y Regina una habitacioncita, á fin de que no tenga que ocuparse de nada. Hemos hecho transportar allí todos los muebles del pabellón de Colombán. Mad. de Marande da un gran baile esta noche. Regina se casa, ó más bien; se ha casado esta mañana. Será una velada triste para Carmelita si la pasa sola, y con tu permiso...

Salvador cortó la palabra sobre los labios de Fresolina.

— Iré á hacerle compañía, añadió la joven sonriendo.

— Ve, hija mía, ve.

Á pesar de este permiso, los brazos de Fresolina, que se habían rodeado en derredor del cuello de Salvador, apretaban más en vez de aflojar.

— ¿Tienes aun algo que pedirme? dijo el joven sonriendo.

— Sí, respondió Fresolina haciendo de arriba abajo una señal con su encantadora cabeza.

— Pues bien, di.

— Carmelita está siempre horriblemente triste, y me parece que si yo le refiriese una historia casi tan triste como la suya, aun más triste al principio, y que, sin embargo, ha concluido por una grande alegría, esto la consolaría.

— ¿Y qué historia querías, pues, referir á tu pobre amiga, mi buena Fresolina?

— La mía.

— Refiérela, hija mía, dijo Salvador, y mientras hables los ángeles escucharán.

— ¡Gracias!

— ¿Y dónde vive Carmelita?

— Calle de Tournón.

— ¡Qué va á hacer, pobre criatura!

— Sabes que tiene una voz magnífica.

— ¿Y qué?

— Pues bien, dice que sólo una cosa puede, si no consolarla, al menos hacerle soportar la vida.

— Sí, quiere cantar, tiene razón. De los corazones despedezados salen los cantos sublimes. Dile que yo me encargo de su maestro de canto, Fresolina. Sé el hombre que necesita, y lo tengo bajo mi mano.

— ¡Oh! tú, tú eres como aquel Fortunatus, cuya historia me referias un día, y que tenía una bolsa, de la que sacaba unos después de otros, todos los objetos que deseaba.

— Entonces, deseas alguna cosa, Fresolina.

— ¡Oh! bien sabes que no quiero más que tu amor.

— Y como lo tienes todo entero...

— Deseo una sola cosa, conservarlo.

— Y la joven, acordándose de que Salvador le había recomendado que se apresurase, le abrazó la última vez y entró en la cocina, mientras él entraba en el dormitorio.

Diez minutos después volvían á entrar los dos en el comedor: Fresolina había puesto la mesa en estado de recibir á los convidados, Salvador se había vestido un traje completo de cazador, chupa, chaleco, pantalón grande, botines y casquete de terciopelo.

Fresolina miró á Salvador con asombro.

— ¿Vas á caza? preguntó la joven.

— Sí.

— Creía la caza cerrada.

— Y lo está en efecto; pero yo voy á una caza abierta en todo tiempo, á la caza de la verdad.

— Salvador, dijo Fresolina palideciendo ligeramente, si se mirase como un crimen de la Providencia el que te sucediese alguna desgracia, no tendría un instante de tranquilidad al ver la singular vida que llevas.

— Tienes razón, dijo Salvador con aquella solemnidad que á veces se notaba en él, estoy bajo la protección del Señor, nada pues tienes que temer.

Y alargó la mano á Fresolina.

Con aquella mano enjugó Fresolina una lágrima.

— ¿Qué hay? preguntó Salvador.

— Sí, sí, estoy loca, amado mío. Además, hay una cosa que me tranquiliza, y es que sales de cazador, y por consiguiente con tu escopeta...

— Y con Rolando.

— ¡Oh! entonces estoy enteramente tranquila, y la prueba, mira.

Y la niña sonrió con aquella encantadora sonrisa de la-

bios rosados y blancos dientes, que sólo pertenece á la adolescencia.

Pusiéronse los dos á la mesa, uno enfrente del otro. Ya que no sus manos, se tocaban sus pies; ya que no palabras, cambiaban sonrisas.

Durante aquella comida tuvo Salvador un cuidado particular de Rolando. Sólo se le escapó llamarle Brasil, lo que hizo saltar al perro de alegría.

— ¿Brasil? repitió Fresolina con acento interrogador.

— Sí, he tenido noticias de la juventud de nuestro amigo, dijo riendo Salvador. Antes de llamarse Rolando se ha llamado Brasil. ¿No pretendes tú algunas veces que antes de llamarme Salvador he llevado otro nombre, y que antes de ser mandadero he sido otra cosa? Á Rolando le sucede como á mí, querida Fresolina. Tal amo, tal perro.

— Eres misterioso como una novela de Mr. d'Arlincourt.

— Y tú eres bella y encantadora como una heroína de Walter Scott.

— ¿Sabré yo la historia de Rolando?

— ¡Diablo! si él me la refiere.

— ¿Cómo si él la refiere?

— Sí, ya sabes que hablo algunas veces con Rolando.

— Y yo también, me entiende y me responde.

— ¡Mira qué gracia! ¿Tú y yo no somos una misma cosa?

— ¿Y te ha dicho ya algo de su historia? preguntó Fresolina, que moría de curiosidad.

— Me ha dicho que se llamaba Brasil. ¿No es verdad, Rolando, que me has dicho que te llamabas Brasil?

Rolando dió una ó dos vueltas sobre sí mismo, como si corriese en pos de su cola, y ladró alegremente.

— ¿Adivinas adónde vamos, Brasil? preguntó Salvador.

El perro gruñó.

— Sí, lo adivinas.

— ¿Encontraremos lo que buscamos, Brasil?

El perro gruñó de nuevo.

— Entonces, estás pronto á conducirme...

El perro, por toda respuesta, se dirigió hacia la puerta, se enderezó sobre las patas traseras, y se puso á arañar en la puerta.

Hubiera respondido á Salvador, sigueme; pero esta palabra no hubiera sido más expresiva.

— ¿Ves? dijo Salvador, Brasil no espera más que á mí. Hasta mañana por la mañana, mi bella querida. Llena tu misión de consoladora. Tal vez voy á hacer mi deber de vengador.

Esta última palabra hizo palidecer por segunda vez á Fresolma; pero Salvador sólo reconoció su temor en un abrazo más tierno y en un apretón de mano más expresivo.

Las siete daban en Nuestra Señora, en el momento que Salvador ponía el pie en la calle.

Dirigióse hacia el puente de San Miguel, marchando Brasil orgullosamente veinte pasos delante.

En aquella época, por cercana que fuese de la actual, no había aún más que tres modos de hacer un viaje de cinco leguas, á pie, á caballo ó en carruaje.

No se veía más que en lontananza de la civilización, el humo de los caminos de hierro.

Ir á pie á Juvisy, hubiera sido ciertamente para un empleado, un ejercicio saludable; pero para un hombre como Salvador, es decir, para un hombre que estaba acostumbrado á andar, este ejercicio no ofrecía absolutamente recreo alguno.

Quedaba el caballo ó el carruaje.

Un cazador con sus botines, su morral y su escopeta, hace siempre una figura rara á caballo, y sobre todo, en un caballo de alquiler. Salvador no tuvo, pues, ni por un instante la idea de ir á caballo.

Quedaba el carruaje.

Sobre la plaza del palacio de Justicia, frente al poste, donde se exponía á los condenados á ser marcados, estacionaba una especie de caja, ó cajón ó carruaje de voluntad, llamado sin duda con este último nombre, porque no iba más que adonde era voluntad del conductor hacerle ir.

El destino habitual de éste, era la Corte de Francia, y más de una vez el pasajero, al ver sobre los vidrios de una de las tiendas, delante de la que estacionaba el susodicho carruaje, estas tres palabras: *Queso de Viry*, el pasajero, quienquiera que fuese, había tenido tentaciones de tomar un carruaje, que conducía á un país que hace tan buenos quesos.

En efecto, los quesos de Viry, doble crema, han gozado y gozan aún entre los verdaderos aficionados de una reputación incontestable é incontestada, como resulta de las lista de tres ó cuatro fondistas célebres de París.

Salvador, pues, conocía bien el carruaje que conducía al país afortunado. El conductor, por su parte, conocía perfectamente á Salvador. Resultó de aquí que se ajustaron al instante, y que mediante la suma de cinco francos, tuvo Salvador el derecho de disponer del carruaje para él y su perro durante toda la noche.

Terminado este arreglo hizo Salvador seña á Rolando, que sin andarse en ceremonias, se lanzó de un salto en el carruaje, y como perro bien educado, se tendió inmediatamente bajo la banqueta. Subió Salvador detrás del perro.

se acomodó en un rincón, extendió sus piernas, puso su escopeta del mejor modo posible, para evitar sacudidas á dos excelentes cañones de Reynette, y tomadas estas precauciones, dijo al conductor:

— Cuando queráis.

Pero no bastaba que el conductor quisiese; era necesario á la voluntad del conductor añadir la del caballo.

Y en verdad, que nunca se vió un caballo menos dispuesto á obedecer á las intimaciones de su conductor, que el extenuado jamelgo, que acababa de recibir de la Providencia la misión de conducir á Salvador en busca del crimen misterioso, del que le había dado sospechas el reconocimiento de Rosa de Noel con Brasil.

En fin, después de diez minutos de lucha, el animal, vencido, se decidió á ponerse en camino.

— ¡ Ah ! dijo el conductor con la seguridad de un hombre que conoce su caballo á fondo, he aquí uno que si llegase á tener doce mil libras de renta, no por eso compraría un cabriolé.

CAPÍTULO IX.

Á TRAVÉS DE LOS CAMPOS.

Tendríamos sumo placer en referir la conversación de Salvador, el conductor y el perro. El relato de esta conversación mostraría una vez más al lector la reputación universal de Salvador. Pero tendremos tantas ocasiones de hacer resaltar las cualidades eminentes de nuestro héroe, que despreciaremos los detalles.

Llegaron á Juvisy.

Eran las diez de la noche, poco más ó menos.

Saltó Salvador del carruaje, y Rolando saltó detrás.

— ¿ Pasáis la noche aquí, Mr. Salvador ? preguntó el cochero.

— Probablemente, amigo mío.

— ¿ Os he de esperar ?

— ¿ Hasta qué hora cuentas tú con permanecer ?

— Pero eso dependerá... Si tuviera la esperanza de volveros á llevar, esperaría aunque fuese hasta las cuatro de la mañana.

— Pues bien, entonces, si te contentas con la misma suma por llevarme que por traerme...

— ¡ Oh ! bien sabéis, Mr. Salvador, que os llevaré por el único placer de haceros un servicio.

— Pues bien, entonces, está dicho, espera hasta las cuatro de la mañana, y á esa hora, haya vuelto ó no, puedes marcharte. Aquí tienes diez francos, cinco por la vuelta y cinco por la vuelta.

— Pero ¿ y si no os llevo ?

— Pues bien, los cinco francos serán por haberme esperado.

— ¡ Bah ! como queráis, y se beberá á vuestra salud además, Mr. Salvador.

Salvador hizo un movimiento de cabeza como quien da gracias, y desapareció por una callejuela que daba á la llanura, llamando á Rolando.

Rolando ó Brasil, como se quiera llamarle, porque nosotros le daremos indiferentemente estos dos nombres, era un animal de una inteligencia admirable. Desde el momento de la partida, parecía haber comprendido adónde iban, y hasta con qué objeto iban.